

El negocio serio de la vida es la literatura. Una conversación con Adolfo Bioy Casares (Oviedo, mayo de 1991)¹

Paquita Suárez Coalla²

Resumen. Los individuos se conocen entre ellos muy poco o casi nada. Tal o cual persona nos conoce bajo determinadas capas, pero nunca alcanza a advertir todas las que nos componen.

Vocación de felicidad a quien lo incomodaba la presencia de la vejez y la idea de la muerte. Las mujeres, decía sin ser aún cierto, lo ven ahora a uno como si fuera transparente. Era difícil ver a un hombre tan atractivo como él como si fuera transparente, independientemente de la edad que tuviera.

Almuerzos en La Biela a la una de la tarde.

La carta que me escribió y que leo y releo algunas veces para asegurarme de que eso fue verdad y me pasó a mí. Y eso que no soy, en absoluto, mitónoma pero recuerdo el día que, viviendo ya en Nueva York, me enteré de casualidad de que Bioy Casares estaba en la ciudad, que había dado una charla en el Instituto Cervantes por el que yo aparecía semanalmente como si de mi segunda casa se tratara, y que ya estaba a punto de irse. Tan conmovida me vio Maribel cuando me lo dijo que, traspasando los límites de esa serie de protocolos no escritos, me dio su número de teléfono en el hotel Ritz donde se estaba quedando. Hablé con él, me dijo que me quería mucho y colgué. Dos años después, el día 8 de marzo de 1999, moría Bioy Casares, y una vez más me enteraba.

Palabras clave: Bioy Casares, literatura, vida, negocio.

[en] The serious business of life is literature. A conversation with Adolfo Bioy Casares (Oviedo, May 1991)

Abstract. Individuals know very little or almost nothing about each other. This or that person knows us under certain or certain layers, but never manages to notice all the layers that compose us.

Vocation of happiness to whom the presence of old age and the idea of death made him uncomfortable. Women, he said without being true, now see him as if he were transparent. It was difficult to see a man as attractive as he was as if he were transparent, regardless of his age.

Lunches at La Biela at one o'clock in the afternoon.

The letter he wrote to me that I read and reread sometimes to make sure that it was true and happened to me. And I am by no means a mythologist, but I remember the day when, already living in New York, I found out by chance that Bioy Casares was in the city, that he had given a talk at the Instituto Cervantes where I appeared weekly as if it were my second home, and that he was about to leave. So shocked was Maribel when she told me that, going beyond the limits of that series of unwritten protocols, she gave me his phone number at the Ritz hotel where he was staying. I spoke to him, he told me he loved me very much and I hung up. Two years later, on March 8, 1999, Bioy Casares died, and once again I found out that he had died.

Keywords: Bioy Casares, literature, life, business.

Sumario. 1. Presentación. 2. Entrevista.

¹ Parte de esta conversación fue publicada en su día en la revista *Anthropos*, cuando se le otorgó el Premio Cervantes a Adolfo Bioy Casares bajo el título "La inversión de lo cotidiano (Conversación con Adolfo Bioy Casares)", *Adolfo Bioy Casares. Premio "Miguel de Cervantes" 1990*. Ámbitos Literarios/Premios Cervantes, 1991.

² CUNY. EE.UU.

Correo: degrullos@gmail.com

Cómo citar: Suárez Coalla, P. (2022) El negocio serio de la vida es la literatura, en *Anales de Literatura Hispanoamericana* 51, 309-317.

1. Presentación

Conocí a Adolfo Bioy Casares en la primavera argentina de 1990 gracias a la profesora y crítica literaria Ana María Barrenechea. Era el 30 de septiembre, y da testimonio de esta fecha la dedicatoria que aparece en mi edición de Emecé de *El sueño de los héroes*. Yo estaba haciendo la tesis doctoral en el departamento de Teoría Literaria de la Universidad de Oviedo sobre lo fantástico en su obra y había llegado a Buenos Aires con una estancia de tres meses para trabajar con la doctora Barrenechea en el Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas “Amado Alonso”, que ella dirigía. Como discípula leal a la formación académica que había recibido en mis años de carrera, en la que se insistía en la autonomía de la obra y se desaconsejaba leer las biografías de los autores, mi intención no era conocer a Bioy Casares sino hacerme guiar por una de las mayores conocedoras de la gramática de lo fantástico en la literatura argentina. Curiosamente, el primer consejo que me daría Ana María Barrenechea la primera vez que nos reunimos en su oficina del Instituto fue que me pusiera en contacto con Bioy Casares. No lo hice por una mezcla de timidez y desconfianza, pero cuando volvió a repetirme lo mismo la segunda ocasión que nos vimos, y tratando de evitar que tuviera que hacerme idéntica recomendación por tercera vez, me animé a comunicarme con el autor cuyas obras estaba estudiando.

Me imagino, porque no me acuerdo, que habré buscado su número de teléfono en una de aquellas guías con aspecto enciclopédico que ya no existen, y que lo habré encontrado sin dificultad. La llamada la hice desde la casa de la familia donde me quedaba —en Floresta— y aunque no soy capaz de reproducir la emoción que pudo haberme producido el escuchar al otro lado del hilo telefónico la mismísima voz de Bioy Casares, sí recuerdo la mezcla de incredulidad y sorpresa que me causó el recibir una llamada suya una semana después —un miércoles por la tarde— invitándome a almorzar al día siguiente. Solamente los tópicos —que voy a evitar— podrían describir de manera aproximada este primer encuentro con Bioy Casares en La Biela, un restaurante situado en la Recoleta, a pocas cuadras de la calle Posadas donde él vivía y no muy lejos del cementerio más aristocrático de la ciudad, el mismo en el que hoy reposan los restos del autor y su familia.

Todo lo que podría decir del creador de *La invención de Morel* y *Plan de evasión* no son más que repeticiones y plagios de lo que mucho que ya se ha dicho y escrito sobre él, pero confirmo que Bioy era una persona de una elegancia y caballerosidad exquisitas, un poco como de otra época, y que te hacía sentir, sin esfuerzo alguno por su parte, que le importabas. Fue así cómo lo sentí cada vez que me llamó para ir a almorzar juntos, supongo que porque yo había llegado a Buenos Aires sin mayores expectativas y por lo que representaba para una estudiante de doctorado reunirse semanalmente con el que había sido el mejor amigo de Jorge Luis Borges. Aunque el gran reconocimiento de Bioy Casares no tardaría llegar, cuando un poco al azar decidí estudiar su obra, este autor permanecía ligeramente a la sombra del que ya era considerado uno de los mejores fabuladores en lengua castellana. Reconozco que esto influyó en mi decisión, porque tenía la impresión de que aún no se había dicho todo sobre Bioy Casares como sospechaba que se habría dicho sobre Jorge Luis Borges, pero también sentía que las historias de Bioy estaban tejidas con ciertas fibras de “humanidad” que no alcanzaba a descifrar en los relatos cerebrales y perfectos de su mejor amigo. Y eso me gustaba. Los cuentos de Bioy me emocionaban más y sus personajes, a pesar de los esfuerzos del mismo Bioy para huir del sentimentalismo y moderar las emociones con pequeñas dosis de ironía y de humor, me resultaban más reconocibles y cercanos.

Regresé de aquella estancia en Argentina —mi primer viaje en avión, mi primer viaje trasatlántico— con numerosas historias que contar pero repetí muchas veces la de Bioy Casares, y todo mundo que entonces me conocía llegó a saberla, con un dato ahora añadido a mi favor: desde el 15 de noviembre, cuando se hizo público que Adolfo Bioy Casares era el nuevo Premio Cervantes, ya no tenía necesidad de explicar de quién estaba hablando cuando hablaba del autor sobre el que hacía mi tesis y, mucho menos, no tenía que seguir repitiendo aquel párrafo incómodo de su amistad con Jorge Luis Borges para que supieran a quien me refería. Bioy estaba en Madrid participando en la Semana de Autor que el Instituto de Cooperación Iberoamericana le había dedicado, cuando se enteró de la noticia y yo seguía en Buenos Aires cuando lo supe. Habría luego más acontecimientos afortunados a partir de este. En abril de 1991, Bioy volvería a España a recoger el premio. Aprovechando su estancia en Madrid, se acercó a Oviedo para participar en los Encuentros de Escritores Hispanoamericanos que coordinaba Miguel Munárriz, a quien entonces me unía una relación cercana, y el 21 de noviembre de ese año, el mismísimo día que yo defendía mi tesis doctoral, en primera fila, y al lado de su amiga Vlady Kociancich, estaba Adolfo Bioy Casares protegiéndome espiritualmente en aquella ceremonia de iniciación en mi vida académica. Bioy venía otra vez de Madrid, donde había estado como jurado del Premio

Cervantes, y otra vez había llegado a Asturias desde la capital, en esta ocasión, para asistir a la defensa de mi tesis sobre su obra. A la salida del acto, y cuando íbamos de camino al restaurante Los Lagos, hoy desaparecido, en un aparte, y con aquella amabilidad genuina de Bioy, me dijo que aunque no había entendido nada le había gustado mi presentación. Pienso que lo habrá dicho desde el cariño y el agradecimiento, pero quiero pensar que sí le gustó lo que escribí porque eché un poco a un lado el metalenguaje de la crítica y recurrí a mis mejores palabras para explicar sus obras.

Volvimos a vernos en diciembre y enero en Buenos Aires, y lo mismo él que Vlady Kociancich —con quien pasé una tarde en la enorme biblioteca de su piso en la calle México— seguían mostrando su asombro por la particular puesta en escena de una defensa de tesis y por las noticias sobre unas crías de oso pardo que habían encontrado en Degaña y de las que habían estado hablando aquellos últimos meses los periódicos locales. Pero más que nada, y admiración de vida de provincias a un lado, Vlady y Bioy se mostraban agradecidos por la enorme generosidad con que todo mundo los había atendido en Oviedo durante su viaje a Asturias.

La familia de emigrantes españoles con la que había estado viviendo el año anterior había regresado a España y las dos primeras semanas de esa segunda estancia en Argentina me las pasé buscando un lugar donde vivir. Al final acabé sola en un departamento en Palermo —conocido el barrio como Villa Freud— y, como no tenía teléfono, era yo la que me ocupaba de llamar a Bioy todas las semanas para reunirnos. Si mal no recuerdo, Bioy era una persona escrupulosamente puntual, le gustaba llegar antes a las citas para que no tuvieran que esperarlo, y consideraba de buen gusto ser él el que esperara. Por eso me extrañó el día que llegué a La Biela —a la una en punto, porque también yo soy puntual— y no estaba. No iba a pasar mucho tiempo antes de que viera acercarse a mí una mujer que dijo haberme reconocido por la foto que el señor —así le decía— tenía en la casa. Esta mujer era Jovita Iglesias, la conocida ama de llaves de los Bioy, a quien él había enviado con una carta para disculparse por la pequeña fatalidad de haberme invitado a comer el mismo día y a la misma hora en la que tenía una cita en el consulado de México con Carlos Fuentes. Yo tuve que haber agradecido inmediatamente esa feliz equivocación que me hizo poseedora de esa carta que conservo como reliquia —aunque no soy en absoluto mitómana— y que me permitió adentrarme de manera tangencial en la intimidad del autor. Jovita y yo nos sentamos en la terraza de La Biela y, mientras tomábamos un refresco al que ella me invitó, hablamos durante una hora. Jovita era una mujer simpática, de conversación fácil, que había salido de un pueblo de Galicia a finales de los años cuarenta y había estado al servicio de los Bioy durante toda su vida. Jovita no volvió más al pueblo en el que había nacido, y no sé si habría o no nostalgia de la tierra en esta mujer que había llegado a Buenos Aires con veintidós años, pero llevaba grabada en la memoria la imagen de su madre, diciéndole adiós a través de los visillos que cubrían el cristal de la ventana, mientras ella, rumbo a la Argentina, se iba alejando de su vista y de sus afectos.

Bioy, y no Jovita, fue quien me contó esta historia.

Las líneas más esenciales de mi curriculum vital empezaban a cambiar muy pronto, y lo hicieron de tal manera que ya no volvería a ver a Bioy ni a saber más de él. En septiembre de 1993 fui a trabajar a la Universidad Autónoma del Estado de México, y un año más tarde ya estaría viviendo en Nueva York. Fue precisamente en esta ciudad donde perdería el contacto con el escritor y con la persona. Estamos hablando de una época en la que no se había generalizado el uso particular de internet, y yo no sabía más que de dos o tres puestos de periódicos que vendían prensa internacional. Una vez a la semana, y tampoco siempre, me acercaba a Times Square a comprar *El País*, periódico que entonces, y para mí eso era mucho, costaba cinco dólares. De los frecuentes viajes a España que llegó a hacer Bioy en sus últimos años me enteraría por mis padres, y cuando iba a Asturias por los veranos, me metía de cabeza en las librerías en busca de cuanta novedad editorial no podía encontrar en los Estados Unidos. Los primeros años en Nueva York pasé demasiado tiempo ajustándome a una cultura que sentía ajena, y toqué indiscriminadamente la puerta de todos los lugares donde oía conjugar un verbo en español. El Instituto Cervantes representó para mí una especie de refugio. Allí me pasé tardes enteras leyendo o preparando clases, amparada por los ecos hablados y escritos del español, y durante el periodo en el que Enrique Camacho era el director y José María Conget el responsable de las actividades culturales, no me perdí prácticamente ninguno de los eventos que allí se organizaron, pero cuando una tarde de octubre de 1996 descubrí que pocos días antes había estado en aquel lugar exacto Bioy Casares dando una charla, me faltó el aliento para digerir la noticia. Tan conmovida me tuvo que ver Maribel, la esposa de Conget, que me dio el teléfono del hotel donde Bioy se estaba quedando para que, si quería, lo llamara. En la biografía de Silvia René Arias —*Bioygrafía*— dice que Bioy se había alojado esos días en el hotel Mayflower, cuyos grandes ventanales reflejaban el Central Park. Lo que yo recuerdo, y porque Maribel me lo había comentado, asombrada por una petición que ningún autor antes les había hecho, es que Bioy se había quedado en el Ritz, con vistas al mismo parque. Lo llamé de inmediato desde el teléfono del Instituto Cervantes, y del otro lado de la línea, muy delgada, muy débil, demasiado frágil, reconocí su voz. Le resumí

apuradamente mi vida en dos oraciones, me escuchó con la elegancia de siempre, y se despidió con unas palabras de cariño. Fue esa la última vez que hablé con Bioy. Tres años más tarde, sentada en un café de China Town el 8 de marzo de 1999 —Día Internacional de la Mujer— y sin que tampoco sepa decir bien cómo fue que me enteré de su muerte, recordé aquellos días aún cercanos en los que iba a almorzar con Bioy Casares a La Biela, me acordé del día feliz en que estuvo sentado en primera fila durante la defensa de mi tesis, y celebré la suerte de haberlo conocido.

Con los años, y cuando mi carrera profesional había seguido un rumbo muy distinto al que había imaginado tiempo atrás, empecé a preguntarme con cierta obstinación qué era lo que me había llevado en realidad a estudiar la obra de Bioy Casares y, más que nada, lamenté la orientación que le había dado a una tesis en la que ignoré demasiado al autor, y me serví en exceso de los rígidos armazones de la teoría literaria. Sé, de todos modos, que no hubiera podido hacerlo de otra forma, y que aun entonces, encontré la forma de cargar de emoción la tinta con la que escribí mi tesis. Según fueron saliendo, leí con avidez las distintas biografías que se hicieron de él y de Silvina, y traté de buscar entre las líneas de su obra y de sus diarios al autor que yo “había conocido”. Si eso es o no literario ni lo sé, ni me preocupa mucho; reconozco que, con los años, me acerco a los relatos testimoniales y a cualquier tipo de literatura confesional con el mismo interés con que me acerco a la literatura ficticia, tratando de encontrar detrás del lenguaje algún tipo de clave que me permita entender un poco mejor la enorme complejidad de la naturaleza humana.

No mucho antes del inicio de la pandemia, en el otoño de 2019, recibí un correo electrónico desde Argentina, del cineasta cordobés Eduardo Raspo. Eduardo me contaba que estaba haciendo un documental sobre la editorial Tor, en la que Bioy Casares había publicado *Diecisiete disparos contra lo porvenir*, y quería saber si yo guardaba la grabación de la entrevista que le había hecho para la revista *Ánthropos* en el 91, y en la que Bioy hablaba de su experiencia con la editorial. La idea de Eduardo era incorporar la voz de Bioy Casares al documental, en caso de que yo tuviera el audio. Habían pasado casi treinta años desde la publicación de la entrevista, y yo ignoraba si tenía o no la grabación. En caso de tenerla, tendría que estar en casa de mis padres, pero ese mismo invierno cuando fui a Asturias no la encontré. Luego se incorporó a nuestras vidas la pandemia y los planes fueron otros. Me imagino que todos nos olvidamos de muchas de las cosas que teníamos que hacer, y muchas otras nos vimos obligados a arrinconarlas hasta la llegada de mejores tiempos, por eso, cuando en el verano del 2021 encontré, ahora sin haberla buscado, la cinta en la que estaba registrada mi conversación con Adolfo Bioy Casares, me sentí dichosa. La escuché a mi vuelta a los Estados Unidos y la voz de Bioy, acompañada con la cadencia suave de la lluvia asturiana que nos acompañó aquel día de mayo de 1991, me hizo recuperar, mientras la oía, la memoria feliz de mi encuentro con el escritor argentino. Sé bien que mucho de lo que en esta conversación se dice ha ido apareciendo en sus numerosos diarios, memorias y otro tipo de apuntes testimoniales, incluidas otras entrevistas, pero asumo que los caminos para llegar a un escritor son diversos, no siempre los mismos, y existe la posibilidad de que no todos los lectores hayan tenido acceso a cuanto Bioy nos ha dejado o a mucho de lo que acerca de él se ha escrito. Aunque no solo, quiero pensar que es sobre todo con este lector, con esta lectora, con quien deseo compartir —además de esta introducción escrita desde el afecto— aquella conversación que tuve en el desaparecido J&L del Oviedo antiguo, con Adolfo Bioy Casares.



Adolfo Bioy Casares y Paquita Suárez

2. Entrevista

—Paquita Suárez. —¿Se sintió feliz con el Premio Cervantes?

—Adolfo Bioy Casares. —Claro que me sentí feliz. Los premios me parecen bien porque hay que darle buenas noticias a la gente y esta es una manera de darle una buena noticia. Lo que no me gusta es la actitud que toman algunas personas de desearlos, de buscarlos... eso me parece horrible. Escribir para premios me parece mal. Uno tiene que escribir una novela porque quiere escribir una novela, porque le gusta escribir una novela y no para un premio. Todavía escribir para comer me parece justificable, pero no para un honor. Por vanidad no, por necesidad sí. Si Salgari escribía cuentos para alimentarse y para dar comida a sus hijos, si los tenía, que no sé, me parece muy bien. En realidad, se han escrito muy buenas obras por encargo. El Dr. Johnson siempre escribió por encargo, pero lo que no me gusta es que se escriba para consagrarse, eso no... Pero claro que los premios son buenos. Hay que estimular a los jóvenes y hay que dejarnos a los viejos no morir.

—P.S.—Gracias al premio ha vuelto a España, un lugar donde ya había estado en diversas ocasiones, y ha podido conocer Oviedo. ¿Cómo describiría esta experiencia?

—A.B.C.—Oviedo es una ciudad que no se parece a ninguna otra, al menos a ninguna otra de mi experiencia, y me gusta muchísimo. La gente me resultó muy agradable, gente inteligente que parecería libre de prevenciones, franca y, además, la ciudad es muy linda, la parte antigua es lindísima y la más nueva también me gusta. Me encantaría vivir en Oviedo.

—P.S.—A lo largo de su vida ha pasado estancias relativamente largas en otros países. ¿Ha reflejado de alguna manera estas vivencias en su escritura?

—A.B.C.—He podido reflejarlas o no reflejarlas. En lo que las reflejo es en los diarios; yo llevo diarios y siempre llevo diarios de viaje. La única excepción desgraciada que he hecho es este viaje porque estuve tan atareado en Madrid con lo del premio, y lo que provoca el premio, que cuando iba a mi cuarto no tenía fuerza para escribir. Nunca me había pasado, es la primera vez. Y lo lamento muchísimo, porque me hubiera gustado ir escribiendo día a día lo que pasó en Oviedo, pero ya me corrompí en Madrid. Lo que voy a hacer cuando llegue a Buenos Aires es tratar de recordar todo y escribir un relato del viaje completo. Pero he tenido tantos reportajes que no he podido ponerme a escribir en el cuarto como otras veces.

—P.S.—¿En qué medida influyeron su infancia y el ambiente familiar en lo que escribe?

—A.B.C.—Lo que puedo decir es que mi padre, cuando escribí unos primeros cuentos, que eran pésimos, me los corrigió y luego me dijo, ¿no quieres publicar esto? Y me llevó a una imprenta que se llamaba editorial Biblos, pero que obviamente era una imprenta, y allí apareció mi primer librito. Y después, cuando ya escribí otro libro que se llamaba *Diecisiete disparos contra lo porvenir* —porque yo mismo me daba cuenta que era malo y que iban a ser diecisiete disparos contra mi propio porvenir, o por lo menos que me iba a arrepentir de lo que había escrito— mi padre me dijo de nuevo, ¿por qué no vas a ver a Torrendell? Yo le había dicho que me hubiera gustado estar en la colección Cometa de la edición Tor, que era del señor Torrendel, y mi padre me dijo, si quieres intentá y velo, Torrendell es una buena persona, a lo mejor lo convencés. Y yo le hablé y lo convencí y se publicó allí con los mejores autores del momento, los más conocidos. No estaba Borges, no estaba Lugones, pero había autores bastante buenos. Era un libro muy malo, de un chico de 17 años que escribía con seudónimo y que nadie conocía y no se me ocurrió pensar que ese éxito que había tenido con Torrendell, que lo había convencido de publicar mi libro, se debía a que mi padre me había pagado la edición.

—P.S.—¿También escribía su padre?

—A.B.C.—Mi padre había querido escribir novelas y nunca las escribió porque fue abogado, pero dejó dos libros de memorias, *Antes del 900* y *Años de mocedad*. *Antes del 900* es un libro de sus años de chico en el campo en la República Argentina, un libro precioso escrito por un hombre inteligente y simpático que, aunque sea en la aldea, aunque sea en el campo, es de interés universal porque la persona que lo cuenta lo cuenta con gracia. El segundo volumen, *Años de mocedad*, es menos bueno porque mi padre era una persona que no podía entristecer a la gente, entonces habla de todos sus amigos como si fueran todos inteligentísimos, simpatiquísimos, buenísimos... y hay un poco de blandura en eso que hace que el libro sea menos bueno.

—P.S.—¿Llegó a publicarlos?

—A.B.C.—Sí, pero yo cometí el error de proponerle a Emecé que publicara su primer libro, *Antes del 900*. En Emecé pensaron que a nadie le iba interesar, y en una semana se agotó. Tres meses después publicaron la segunda edición y ya no se vendió porque la gente no compra un libro que ha existido y que no está en las librerías la segunda edición cuando la primera se agota. No tuvo suerte. Pero el libro es muy lindo.

—P.S.—¿Qué memorias guarda de su madre?

—A.B.C.—Mi madre creía en la voluntad. Era bastante espartana, así como mi padre era muy generoso y muy dado, mi madre era espartana. Recuerdo que en una reunión en la estancia Vicente Casares, se quemó la mano en un enchufe eléctrico y estuvo todo el día viendo a toda la gente sin mostrar la mano. Tenía la mano toda

negra y roja y la gente no se dio cuenta. Ella era así, y quería que yo también fuera así, pero yo me quejaba de algo y le parecía muy mal. No había que quejarse.

–P.S.—Recientemente ha confesado que su vida ha sido una larga conversación con las mujeres, pero también ha estado rodeado siempre de buenos amigos.

–A.B.C.—Sí, tengo amigos muy muy buenos. Mi vida me ha favorecido con amigos muy buenos y muy constantes. Yo soy amigo de Drago Mitre, un muchacho de mi edad, y Julio Menditeguy, un muchacho de Buenos Aires un año mayor que yo y el hermano de él, Charly Mediteguy, un año menor que yo. Hemos sido amigos toda la vida, seguimos siendo amigos, no soy más amigo de Charlie porque murió, pero hasta su muerte he sido amigo de él. Y de Borges, desde que lo conocí en el 32 he sido íntimo amigo. De Peyroux, desde que Borges me lo presentó, hemos sido amigos siempre. Y lo mismo Wilcock. Wilcock era amigo de Silvina y yo no lo podía aguantar al principio. Recuerdo que fue una vez a Mar del Plata, a la casa nuestra, y ponía en el tocadiscos a Brams con toda la fuerza, y yo estaba enfurecido, pero pasé de estar enfurecido a tener como músico preferido a Brams. Y también era muy maleducado. Por ejemplo, si traían un plato de comida, supongamos que a él le gustaban las judías verdes, se servía todas las que había. No pensaba más allá de sus necesidades. Todo eso me irritaba al principio, pero era tan inteligente y tan gracioso que después fue uno de los mejores amigos que tuve. He sido amigo de personas del mundo literario y también de otras personas no vinculadas con el mundo de la literatura, como los Menditeguy que eran campeones de polo, muy buenos jugadores de tenis, en realidad hacían bien todos los deportes, también la paleta y el frontón, jugaban extraordinariamente.

–P.S.—Y también fue amigo de José Bianco.

–A.B.C.—Cuando lo conocí, me parecía un tontito. Después descubrí a José Bianco y me di cuenta que era de las mejores personas que había conocido: muy culto, muy inteligente, teníamos discusiones a veces en las que me impacientaba, pero nos hicimos progresivamente más amigos. Era una persona que me sacaba de dudas cuando yo quería saber algo, él lo sabía generalmente y nos llevábamos muy bien. Comentábamos lo que escribíamos. Era muy modesto, yo le contaba mucho más a él, cómo iba a ser mi próximo cuento, que él a mí.

–P.S.—Hubo un momento en el que Bianco deja de escribir.

–A.B.C.—Casi dejaba de escribir, es cierto. No sé por qué. Era escéptico sobre sí mismo.

–P.S.—¿Hay algún escritor argentino que debiéramos recordar y no recordamos?

–A.B.C.—Wilcock. Él era una de las personas más inteligentes que he conocido pero creo que hoy en día sus libros, en general, son algo inferiores a Wilcock. El nivel de su conversación era superior, tal vez, a sus cuentos y a sus ensayos. Los poemas son muy hermosos, pero era una persona extraordinariamente inteligente y que podía ser bastante sarcástico. Yo le elogí la inteligencia de un amigo común y él me miró así, con seriedad, y me dijo: *Si un ómnibus se considera un laberinto, él es capaz de ser un laberinto*. Como escritor, Wilcock era menos brillante que en la conversación.

–P.S.—Cortázar decía que no había buenos escritores humoristas en Argentina y siempre lo pone a usted como uno de los pocos.

–A.B.C.—Bueno, no he hablado de Cortázar porque, por fortuna, Cortázar es bien conocido y admirado, justamente admirado, y un gran escritor. Y también un hombre muy inteligente. Me gustan más sus cuentos que sus novelas pero no quiero decir con esto que no me gusten sus novelas. Hay episodios en sus novelas que me gustan muchísimo. Y el libro de cuentos que me gusta más es el *El juego, todos los juegos*. La gente se ha quedado con gran nostalgia de “Casa tomada” o “Bestiario”, pero a mí me parece que es una suerte de injusticia con Cortázar, me parece que se volvió más maduro, más completo, más matizado en sus últimos cuentos y por eso me gustan más que “Casa tomada” o “Bestiario” aunque estos dos cuentos me gusten mucho.

–P.S.—¿Cuánto le debe la literatura argentina a nombres hoy en día grandes como Leopoldo Lugones o Macedonio Fernández?

–A.B.C.—Leopoldo Lugones me parece un buen escritor del que no me gusta ningún libro del todo. Me pueden interesar algunos, y algunos poemas o partes de poemas. Hay este poema suyo, lindísimo, que dice.

*Al promediar la tarde de aquel día
cuando iba mi habitual adiós a darte
fue una vaga tristeza de dejarte
lo que me hizo saber que te quería.*

Lugones tenía eso, que podía escribir cosas hermosísimas y de pronto algo terrible. Macedonio Fernández no me gusta nada como escritor, me parece ilegible. Creo que era una persona encantadora, como un sabio oral, pero las bromas escritas me parecen pesadas y sin gracia, y llevadas al extremo. A mí me asombran las personas que dicen, bueno, hay que leer a Macedonio. Y creo también un poco que Macedonio es una invención de

Borges. Yo no lo conocí personalmente. Hablé por teléfono con él alguna vez, era muy simpático y hay cartas entre él y yo, dos cartas, una o dos.

–P.S.–¿Y cuál es su opinión de Horacio Quiroga, considerado uno de los precursores de la literatura fantástica rioplatense?

–A.B.C.—No me gusta nada. Ni un poquito. Creo que es una de las supersticiones que gozan de mejor salud. Es un autor adorado por todo el mundo, pero a mí me parece que es una de las personas que peor escribe. Ahora, ha tenido una vida de un sufrimiento espantoso y con una suerte terrible. Yo fui muy amigo de un hijo suyo muy simpático, con muy buen sentido del humor, que jugaba al tenis en el Club Buenos Aires. A ese club iba todos los días de la semana, solamente faltaba los lunes porque el club estaba cerrado los lunes. Y un día, como su padre, también se pegó un tiro. Y la hija también se suicidó. Así que es una cosa terrible, pero yo no puedo fingir que sus relatos me gusten.

–P.S.—Actualmente, usted es reconocido como uno de los principales cultivadores del género fantástico en Argentina, pero yo siento que el amor es otro de los hilos conductores de sus historias. ¿Se empeñan demasiado los críticos y los historiadores de la literatura en poner etiquetas, en su afán de dar un orden a las obras de arte?

–A.B.C.—La separación entre historias de amor e historias fantásticas es arbitraria. En todo lo que yo escribo hay amor, pero hay historias como *La aventura de un fotógrafo en La Plata* que es una historia de amor y nada más; o de no amor, si quieres, pero gira alrededor de ese sentimiento. En cambio, las historias fantásticas tienen elementos fantásticos.

–P.S.—Lo veo así hasta cierto punto. *El sueño de los héroes*, por ejemplo, y lo mismo *La invención de Morel* son dos hermosas historias de amor con elementos del género fantástico.

–A.B.C.—Sí, no hay duda de que *La invención de Morel* es un texto de invención fantástica. Pero las clasificaciones son problemas de la historia de la literatura, no son ni para los autores ni para los lectores. Si al lector le gusta la historia y se enamora de Clara, en *El sueño de los héroes*, es cosa de él, por qué no... Quiero decirte, la clasificación en géneros no es más que una comodidad para los historiadores de la literatura.

–P.S.—La búsqueda de un orden, a fin de cuentas. Lo mismo que la literatura en sus ansias de ordenar la realidad...

–A.B.C.—Sí, pero de otro modo. Yo no estoy pensando, escribí cinco historias fantásticas, ahora voy a escribir dos historias de amor... no. Yo escribo las historias que se me ocurren. Por ejemplo, a mí no me gusta mucho la ciencia ficción, pero ese cuento que tengo ahora es un poco de ciencia ficción porque no me importa el género si me divierte la historia que voy a contar.

–P.S.—¿Acaban determinando de algún modo estas clasificaciones lo que luego escribe? ¿Puede llegar a sentirse comprometido un autor, aún sin desearlo o sin saberlo, con lo que el público espera de él?

–A.B.C.—Cuando el editor francés Laffont inventó lo de *Historias fantásticas e Historias de amor*, yo pensaba, historias de amor le interesan a todo el mundo, historias fantásticas le interesan a unas pocas personas. Bueno, como yo soy autor fantástico para los clasificadores, las historias fantásticas más se venden más que las historias de amor más.

–P.S.—Se dijo al principio de sus novelas que eran frías, distantes y, de pronto, a partir de *El sueño de los héroes*, cambia el tono.

–A.B.C.—Yo tuve que hacer un enorme esfuerzo para pasar del pésimo escritor anterior a *La invención de Morel*, al escritor aceptable de *La invención de Morel*. Y cuando lo conseguí, me bastó con eso, pero para los siguientes libros deseé escribir con frases más largas, más matizadas, y dar más vida a los personajes. Y lo fui haciendo. Así que cuando escribí *La invención de Morel* y *Plan de evasión* decían que yo olvidaba lo humano; luego, cuando escribí *Dormir al sol*, *Diario de la guerra del cerdo* o *La aventura de un fotógrafo en La Plata*, sintieron nostalgia de las máquinas de relojería que inventaba antes. Como dicen los franceses, no se puede conformar a todo el mundo y a su padre.

–P.S.—¿Alguna vez le han reprochado no haber sido un escritor supuestamente comprometido?

–A.B.C.—Muchísimas veces. Pero yo digo que soy un escritor comprometido con la verdad y con la literatura. Digo lo que pienso, nunca miento para quedar bien y, sobre todas las cosas, me gusta la literatura y trato de no fallar.

–P.S.—Los buenos autores, decía Silvina Ocampo en una entrevista con Noemía Ulla, son aquellos que despiertan en uno las ganas de escribir.

–A.B.C.—Eso es muy acertado. Y el mal escritor no te da ganas de escribir.

–P.S.—¿Cómo es su técnica de trabajo?

–A.B.C.—Escribo con mucho cuidado. Nunca he podido escribir una página sin volver atrás, sin corregir de nuevo, sin cambiar esto porque la siguiente hace imposible la anterior. Y, para empezar, las cosas me dan mucho trabajo. No porque no sepa lo que quiero decir sino porque me cuesta decirlo de un modo que me satisfaga. Trabajo mucho en eso al principio. Eso no quiere decir que no pueda venir alguien de afuera con una

visión más fresca, y no con las anteojeras de estar metido en una sola cosa, y ver inmediatamente un error y corregírmelo. Cuando eso ocurre, lo agradezco mucho.

–P.S.–¿Escribe todos los días?

–A.B.C.–Escribo todos los días. Y siempre llevo conmigo unas libretitas. Una de mis desdichas cuando vine aquí a Oviedo, es que había estado con lumbago —a mí el lumbago me perturba— y me vine sin la libreta donde hago esos apuntes diarios que son la base de cuadernos de apuntes y de cuentos. Antes llevaba diario sin cuaderno, vale decir que cada día mi vida ocupaba una, dos, tres, cuatro páginas a mano. Ahora no, el diario ya está en una agenda y los hechos que me llegan a importar, que me parecen significativos, van a cuadernos de notas.

–P.S.–¿Relee lo que escribe?

–A.B.C.–Sí, pero no releo con ánimo tranquilo y con verdadera satisfacción. Generalmente descubro errores que más bien me disgustan, me contrarían, prefiero leer buenos autores. Un consejo de Stevenson es que siempre hay que leer buenos autores porque uno cree que puede escribir como ellos y nunca hay que leer malos autores porque uno va a creer que puede escribir también como ellos.

–P.S.–Como lectora, suelo disfrutar especialmente con las novelas porque te dan la oportunidad de pasar más tiempo con cada uno de los personajes y conocerlos mejor. ¿Le pasa al escritor lo mismo?

–A.B.C.–Sí, sí, pasa lo mismo. Es muy agradable eso, lo que pasa que escribir una novela te impide escribir muchas historias. Si uno tiene muchas historias, tiene ganas de escribirlas. Cuando se me ocurre una historia, estoy muy contento. Se me ocurren, por suerte, frecuentemente, pero cada vez que se me ocurre una historia estoy contento.

–P.S.–¿Tiene una preferencia especial por la escritura de novelas o de cuentos?

–A.B.C.–Me sobrecoge un poco la idea de meterme en una novela porque me lleva mucho tiempo y sé que hay momentos de abatimiento. Uno se pregunta, ¿esta idea justifica todas estas páginas? ¿No estoy envanecido con una pequeña invención que tuve o una pequeña ocurrencia y la estoy extendiendo y haciendo a la gente pasarse días leyendo esta pavada mía? Esto no pasa con los cuentos, los leerán en un rato y se acabó. Por otra parte, la novela, cuando uno hace vivir los personajes y puede creer un poco en ellos, produce una sensación muy agradable.

–P.S.–¿Y algo que nunca escribiría, o que llegó a escribir y no volvería a hacer?

–A.B.C.–Con frecuencia venía a casa el director de la Agencia Efe y me pedía que escribiera para la Agencia lo que yo llamo ensayos, porque yo llamaba ensayo a cualquier artículo, con la idea que yo tenía de ensayo, esto es, un intento de escribir, una cosa no concluida, una cosa poco importante. Entonces, en la Agencia Efe me pedían que escribiera ensayos y yo me resistí a hacer eso, hasta que vino uno con un contrato, me mostró el contrato y yo, como un estúpido, dije, bueno, yo no aceptaría nunca lo que me pagan, y pedí el doble. Además, dije, cinco folios me parece mucho, yo haría dos folios. Está todo aceptado, me dice, firma acá. Y empecé a escribir los ensayos pero me salí de eso porque me daban mucho trabajo y yo creo que lo que mejor puedo hacer son cuentos y novelas. Esto fue como hace dos años y claro que yo escribí menos de los que me había comprometido, cinco o seis he escrito y ya me parece muchísimo. Escribí uno sobre cartas diciendo que me encantaban las cartas. Por ejemplo, uno de los libros que he leído y me ha gustado más en estos últimos años son las cartas de Lord Byron. Me gustaron muchísimo y me hicieron sentir amistad por Byron. Quizá ese rechazo a escribir cartas me hizo pensar que las novelas en cartas no me gustaban. Yo he leído *Pepita Jiménez* sin disgusto, las *Relaciones peligrosas* es una novela escrita en cartas que me gustó muchísimo. Y no veo por qué las novelas escritas en cartas van a ser malas donde varios personajes cuentan los hechos como los vio él o los vivió.

–P.S.–¿Es inevitable para un escritor vivir la vida a través de la literatura?

–A.B.C.–Ah, sí. El negocio serio de la vida es la literatura. Con Borges y con Silvia teníamos la impresión de que la vida no nos alcanzaba para hablar de la literatura como queríamos hablar.

Mira, esta silla es un potro para mí.



Adolfo Bioy Casares y Paquita Suárez en la Recoleta